

# LA INVESTIGACIÓN FILOSÓFICA SOBRE EL ORIGEN DEL LENGUAJE

Jaime Nubiola

**Summary:** THE PHILOSOPHICAL RESEARCH ABOUT THE ORIGIN OF LANGUAGE. The origin of language has been a topic of research and debate since the antiquity until now. In this lecture the oldest known inquiry by the Egyptian king Psametic is registered, and also some of the historical answers to that question are described. Special attention is given to the philosophers of the eighteenth century, and also to some contemporary approaches in sociobiology and linguistics. Finally, the role of love in communication and language is highlighted.

**Key words:** Origin of language. Adamic language. Condillac. Rousseau. Primates. Love.

**Résumé:** L'origine du langage a été un sujet privilégié pour la recherche et les débats, depuis l'antiquité jusqu'à nos jours. Dans ce texte, on expose la plus ancienne recherche qu'on connaît, celle de Psammétik I, roi d'Égypte, mais aussi quelques d'autres réponses sur la question posée. On attire une attention particulière sur les philosophes du XVIII<sup>ème</sup> siècle, ainsi que sur certaines approximations de la sociobiologie et de la linguistique. En conclusion, on souligne le rôle de l'amour dans la communication et le langage.

**Mots clés:** origine du langage, langage adamique, Condillac, Rousseau, primates, amour.

*Very difficult problems of inference are continually emerging in the psychical sciences. In psychology, there are such questions as free-will and innate ideas; in linguistics, there is the question of the origin of language, which must be settled before linguistics takes its final form.*

Charles S. Peirce, *Collected Papers*, p. 1.250 (1902)

## INTRODUCCIÓN

La cuestión del origen del lenguaje ha cautivado desde antiguo a la humanidad. En mi exposición de los aspectos filosóficos de esta búsqueda comenzaré dando noticia de la más antigua investigación acerca del origen del lenguaje que ha llegado hasta nosotros; después trataré de explicar por qué nos interesa esta cuestión y describiré sumariamente algunos de los hitos y autores principales de esa investigación filosófica; en tercer lugar esbozaré algunos enfoques contemporáneos, para terminar finalmente con un enfoque filosófico más personal<sup>1</sup>.

## LA INVESTIGACIÓN DEL ORIGEN DEL LENGUAJE

La más antigua investigación sobre esta materia de la que se tiene noticia es la que nos

1 Agradezco la invitación de la profesora Inés Calderón a impartir esta conferencia en la Universidad de La Sabana en septiembre de 1999, y la de la profesora Ilva Myriam Hoyos a publicarla en *Pensamiento y Cultura*. Versiones precedentes de este texto -que se publica ahora por primera vez- fueron presentadas en la Universidad de Santiago de Compostela y en la Universidad de Montevideo. Debo gratitud por su ayuda y sus sugerencias a Gerardo Aguado, Sara Barrera, Mónica Lesaca, José Machado, Paloma Pérez-Ilzarbe y Marta Torregrosa, y muy especialmente al profesor Fernando González Ollé.

cuenta Herodoto (484-420 a. de C.) acerca del rey egipcio Psamético I (663-525 a.c.):

Los egipcios, antes de que Psamético reinara sobre ellos, se consideraban los hombres más antiguos del mundo; pero desde que Psamético, al ocupar el trono, quiso saber qué pueblo era el más antiguo, consideran que los frigios son más antiguos que ellos, y ellos más antiguos que todos los demás. Resulta que Psamético, como no podía hallar, pese a sus indagaciones, ninguna solución al problema de quiénes eran los hombres más antiguos, puso en práctica la siguiente idea. Entregó a un pastor dos niños recién nacidos, hijos de las personas que tenía más a mano, para que los llevara a sus apriscos y los criara con arreglo al siguiente régimen de vida: le ordenó que nadie pronunciara palabra alguna delante de ellos, que permaneciesen aislados en una cabaña solitaria y que, a una hora determinada, les llevara unas cabras y que, después de saciarlos de leche, cumplierse sus restantes ocupaciones. Psamético puso en práctica este plan y dio esas órdenes porque quería escuchar cuál era la primera palabra que, al romper a hablar, pronunciaban los niños, una vez superada la etapa de los sonidos ininteligibles. Y, en efecto, así sucedieron las cosas. Dos años llevaba ya el pastor en este menester, cuando un día, al abrir la puerta y entrar en la cabaña, los dos niños, lanzándose a sus pies, pronunciaron la palabra *becós* al tiempo que extendían sus brazos. Como es lógico, la primera vez que la escuchó, el pastor no le dio importancia, pero como en sus frecuentes visitas para cuidar de ellos, esta palabra se repetía insistentemente, acabó por informar a su señor y, por orden suya, condujo a los niños a su presencia. Entonces cuando Psamético los hubo escuchado personalmente, se puso a indagar qué pueblo daba a algún objeto el nombre de *becós* y, en sus indagaciones, descubrió que los frigios llaman así al pan. Por tanto, y sacando deducciones de este hecho, los egipcios convinieron en que los frigios eran más antiguos que ellos<sup>2</sup>.

2 HERODOTO, *Historia*, libro II, 2, trad. de C. Schrader, Gredos, Madrid, 1977.

El relato de Herodoto es realmente sugestivo y se remonta a hace dos mil quinientos años. Como el propio Herodoto no está del todo seguro de la exactitud histórica de su narración, ya que corresponde a un suceso acaecido doscientos años antes, añade a renglón seguido: «Que así sucedió, lo escuché de labios de los sacerdotes de Hefesto en Menfis. Sin embargo, algunos griegos dicen, entre otras muchas tonterías, que Psamético mandó cortar la lengua a unas mujeres y dispuso que los niños se criaran con ellas en esas condiciones».

He traído este largo relato para el arranque de mi exposición porque ilustra bien acerca de varias cosas:

- 1) La primera, la necesidad de arrancar de la experiencia, del trabajo experimental en el estudio del lenguaje, también en la investigación filosófica. A una lingüista que está haciendo conmigo su tesis doctoral sobre la metáfora le gusta decir que la lingüística sin filosofía es ciega, pero a su vez añade que la filosofía del lenguaje sin lingüística está vacía. Pienso que acierta por completo. Para progresar decisivamente en la comprensión de un fenómeno tan rico y polifacético como es la comunicación humana necesitamos una articulación disciplinar de lingüística, filosofía y todas las demás ciencias que se ocupan del lenguaje: si estudiamos aisladamente la comunicación lingüística con unas categorías particulares superespecializadas, ese fenómeno tan rico y complejo se nos escurre, como el agua entre las manos, casi sin darnos cuenta.
- 2) El segundo comentario tiene una cierta carga política. Psamético acometió aquella investigación porque quería saber qué pueblo era el más antiguo y por tanto el más honorable. Llega a la conclusión de que los frigios son más antiguos que ellos por la palabra *becós* que brota espontáneamente de esos ni-

ños criados por cabras y por un pastor silencioso. Pero lo sorprendente es que de este experimento parece concluir también que los egipcios, después de los frigios, son un pueblo más antiguo que todos los demás. Como es obvio del experimento no se desprende esa consecuencia, sino más bien se desprende una consecuencia contraria: Psamético pensaba que unos niños educados en silencio prorrumpirían espontáneamente en palabras egipcias, demostrando así que el egipcio era la lengua natural y primigenia de los seres humanos.

La búsqueda de la lengua primitiva, la lengua del paraíso, la lengua perfecta, es una investigación realmente fascinante. Remito al libro de Umberto Eco *La búsqueda de la lengua perfecta en la cultura europea* para quienes estén interesados. Yo he rastreado alguno de los textos de los eruditos vascos de siglos pasados, que «demostraban» de manera fehaciente con base en la toponimia bíblica, que Adán y Eva hablaban en vasco. El mismo fenómeno ocurre para el gaélico, el gótico, el flamenco, el sueco y otras muchas lenguas<sup>3</sup>. Por supuesto, durante siglos se pensó que el hebreo era la lengua con la que Adán había dado nombre a los animales y a las cosas, y que éste constituía, por esa razón, su verdadero nombre. Por eso la alquimia está llena de abracadabras cabalísticos que se remontan a términos hebreos.

- 3) Mi tercer comentario es en cierta manera una síntesis y consecuencia de los dos primeros. Como escribe David Crystal en su excelente *Enciclopedia del lenguaje*, «durante siglos se ha especulado sobre el origen del lenguaje humano. ¿Cuál es la lengua hablada más antigua del mundo? ¿Se han desarrollado todas las lenguas a partir de una fuente común?

3 ECO, U., *La búsqueda de la lengua perfecta en la cultura europea*, Crítica, Barcelona, 1993, págs. 88-93.

¿Qué lengua se hablaba en el Paraíso? ¿Cómo se formaron al principio las palabras? Estas preguntas son fascinantes y han dado lugar a experimentos y debates cuya historia se remonta a hace 3.000 años. Irónicamente, esta búsqueda no ha obtenido éxito. Cada generación se plantea las mismas cuestiones y llega al mismo callejón sin salida: la carencia de pruebas a causa del enorme espacio temporal implicado. No poseemos un conocimiento directo de los orígenes y el desarrollo inicial del lenguaje, ni tampoco es fácil imaginar cómo sería posible obtenerlo<sup>4</sup>.

La discusión sobre esta materia, durante el siglo XIX, llegó a ser objeto de tan fuertes controversias, faltas de control empírico, que la Sociedad de Lingüística de París se vio obligada en 1866 a hacer pública una prohibición de cualquier debate sobre este asunto en sus reuniones. Sin embargo, en la actualidad ha resurgido el interés por esta cuestión<sup>5</sup>, tanto por los hallazgos arqueológicos más recientes, como por las técnicas modernas de análisis, que proporcionan nuevas pistas sobre lo que pudo ocurrir en el inicio de la especie humana, pero sobre todo –tengo para mí– por la perenne inquietud que tenemos los seres humanos acerca del origen de aquellas cosas que, siéndonos tan familiares, nos resultan más enigmáticas.

4 CRYSTAL, D., *Enciclopedia del lenguaje de la Universidad de Cambridge*, Taurus, Madrid, 1994, pág. 288.

5 HARNAD, S. R. et al. (eds.), *Origins and Evolution of Language and Speech*, The New York Academy of Sciences, Nueva York, 1976, vol. 280; LANDSBERG, M. E. (ed.), *The Genesis of Language: A Different Judgement of Evidence*, Mouton de Gruyter, Berlín, 1988; GESSINGER, J. y von RAHDEN, W. (eds.), *Theorien vom Ursprung der Sprache*, Walter de Gruyter, Berlín, 2 vols., 1989; WIND J. et al. (eds.), *Studies in Language Origins*, Benjamins, Amsterdam, 2 vols. 1991; LYONS, J., «Origins of Language», en A. C. Fabian (ed.); *Origins*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988, 141-166, etc. Resulta muy ilustrativa a este respecto la voz «Origins of Language» del propio M. A. Landsberg en ASHER, R. E. y SIMPSON, J. M. Y. (eds.), *The Encyclopedia of Language and Linguistics*, Pergamon, Oxford, 1994, vol. 5, 2886-2891. Muestra también de este interés es la recopilación de R. Harris de algunos de los textos más relevantes del siglo XIX sobre la materia en *The Origin of Language*, Thoemmes, Bristol, 1996. En Estados Unidos existe incluso la *Language Origins Society* (LOS), que congrega anualmente a numerosos expertos de muy diferentes disciplinas.

## LA PREGUNTA POR EL ORIGEN Y ALGUNAS RESPUESTAS HISTÓRICAS

Desde tiempo inmemorial se sabe que los seres humanos estamos configurados de tal manera que lo más familiar nos resulta transparente y por ello de ordinario no lo advertimos, mientras que sólo lo novedoso llama nuestra atención<sup>6</sup>. «Los aspectos de las cosas que nos son más importantes –anotó Wittgenstein<sup>7</sup>– nos están ocultos por su simplicidad y familiaridad. (Uno es incapaz de advertir algo porque lo tiene siempre delante de sus ojos)». Pasa esto con muchas cosas de la vida, pero quizá en especial con nuestra facultad lingüística. El lenguaje nos es tan connatural que cuando alguna de sus sorprendentes características llama nuestra atención, todos nos consideramos un poco filósofos.

Al preguntarnos sobre el origen del lenguaje no sólo nos interesa cuándo comenzó el ser humano a hablar, sino sobre todo cómo y por qué lo hizo. Seguro que todos los lingüistas que me escuchan recuerdan del bachillerato cómo la primera pregunta filosófica es la pregunta por el *arjé*, por el principio o causa de las cosas. De hecho, el origen y adquisición del lenguaje es un tema que ha preocupado a todas las culturas<sup>8</sup>: en casi todas ellas pueden encontrarse relatos que asocian a un don divino el origen del lenguaje. Para los japoneses la diosa del sol, Amaterasu, fue la creadora del lenguaje. En la China fue el Hijo del Cielo, T'ien-tzu, quien dio el lenguaje a los hombres. Entre los griegos su origen está asociado a Prometeo, quien, al ro-

6 PEIRCE, C. S., «The Law of Mind», en HARTSHORNE, C., WEISS, P. y BURKS, A. (eds.), *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1936-58, págs. 6.162, 1892.

7 WITTGENSTEIN, L., *Philosophical Investigations*, Blackwell, Oxford, 1953, §129.

8 Cfr. CONESA, F. y NUBIOLA, J., *Filosofía del lenguaje*, Herder, Barcelona, 1999, pág. 30.

bar el fuego del Olimpo y llevarlo a los hombres, hace que éstos se tornen sociables y comiencen a hablar: el control del fuego no es sólo lo que distingue al hombre de los animales, sino que, además, alrededor de las hogueras empiezan los hombres a hablarse unos a otros<sup>9</sup>.

Suele decirse que en Occidente las teorías primitivas sobre el lenguaje adoptaron una perspectiva *naturalista*, pues sostenían la existencia de una relación natural entre los objetos y sus nombres. Las palabras serían, en cierto modo, imitaciones de las cosas. Esta teoría fue sostenida por Pitágoras y por los estoicos, y el propio Platón, en el *Cratilo*, afirma que unas palabras guardan una relación natural con los objetos, mientras que otras son convencionales. Defienden la perspectiva naturalista quienes piensan que las palabras están asociadas con las cosas, independientemente de nuestra intervención.

Sin embargo, ya en la Antigüedad, Demócrito, Aristóteles y los epicúreos sostuvieron que las palabras no son *naturales* en sentido fuerte, no están atadas de suyo a las cosas, sino que sobre todo tienen un carácter convencional. Como escribió Aristóteles en las primeras líneas del *Peri Hermeneías*,

[...] los sonidos vocales son símbolos de las afecciones del alma, y las letras lo son de los sonidos vocales. Y así como la escritura no es la misma para todos, tampoco los sonidos vocales son los mismos. Pero aquello de lo que éstos son primariamente signos, las afecciones del alma, son las mismas para todos, y aquello de las que éstas son imágenes, las cosas reales, son también las mismas<sup>10</sup>.

El texto, aunque parezca a primera vista difícil de entender, es muy luminoso. Aristóteles está considerando la diversidad de lenguas que

le rodea y afirma que las palabras orales y escritas, tan diversas de unas lenguas a otras, representan las cosas reales, que son las mismas para todos, y además son signos de las afecciones del alma, que también son las mismas para todos. Esta uniformidad básica de la percepción humana, de la categorización del mundo, que debería ser obvia, resulta muy llamativa en la actualidad tras largas décadas de relativismo lingüístico.

En la Edad Moderna la cuestión del origen se convierte en una de las áreas más importantes de discusión filosófica sobre el lenguaje<sup>11</sup>. El relato bíblico tradicional fue cada vez más disputado y, conforme se desarrollaban teorías más *naturalistas* –en el sentido de opuestas a una explicación sobrenatural del origen de la facultad lingüística– el problema acerca de por qué los demás animales no pueden hablar se tornó muy acuciante. En cierta manera, nos encontramos todavía dentro de ese programa de investigación. En los últimos meses ha circulado por toda la prensa la información sobre los dos monos, Rosencrantz y Macduff, capaces de sumar hasta nueve<sup>12</sup>, o sobre Kanzi, el chimpancé pigmeo capaz de obtener, en un test de comprensión sintáctica, 475 respuestas correctas sobre 660 preguntas, cuarenta más de las que obtendría un niño de dos años<sup>13</sup>.

En particular, lo discutido del relato bíblico en tiempos modernos fue la imagen de un Adán solitario dando nombre a los animales. La doctrina aristotélica, que situaba el origen de los nombres en la convención social, en el encuentro de unos con otros, es, en cambio, la que encuentra eco en los filósofos modernos, desde

9 DIEL, P., *El simbolismo en la mitología griega*, Labor, Barcelona, 1976, pág. 229.

10 ARISTÓTELES, *Peri Hermeneías*, I, trad. de A. García Suárez y J. Velarde, Teorema, Valencia, 1977.

11 SZABÓ, Z. G., «Early Modern Philosophy of Language», en CRAIG, E. (ed.); *Routledge Encyclopedia of Philosophy*, Routledge, London, 1998, vol. 5, págs. 371-378.

12 Por ejemplo en *Time*, 2 noviembre 1998, pág. 18.

13 SAVAGE-RUMBAUGH, S. y LEWIN, R., *Kanzi: The Ape at the Brink of the Human Mind*, John Wiley & Sons, Nueva York, 1994.

Hobbes y Locke hasta Rousseau. En 1746 Condillac publicó su *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*, destacando cómo los seres humanos nos hacemos dueños de nuestros pensamientos y de nosotros mismos mediante el uso de las palabras. Los animales carecen de la habilidad que tenemos los humanos de establecer relaciones convencionales entre dos realidades, esto es, de crear signos: la causa de esto se encuentra en la falta de capacidad de reflexión por parte de los animales para establecer ese vínculo convencional entre los signos y sus significados. El desarrollo de la reflexión y del lenguaje están entremezclados: el uno requiere al otro y tira para arriba, de él<sup>14</sup>.

En los años siguientes un buen número de pensadores en Inglaterra, Alemania y Francia se definieron sobre la propuesta de Condillac, pero fueron quizá los ensayos de Rousseau sobre el origen y el fundamento de la desigualdad entre los hombres (1755) y sobre el origen de las lenguas (publicado póstumamente en 1781) las contribuciones más significativas. Como es sabido, Rousseau sustituye el desarrollo armónico en Condillac de pensamiento y lenguaje por una visión más conflictiva y apasionada. Como explica en un conocido pasaje de su *Ensayo*:

Se puede, pues, creer que las necesidades dictaron los primeros gestos y que las pasiones arrancaron las primeras voces. [...] Así debió ser. No se empezó por razonar, sino por sentir. Se pretende que los hombres inventaron la palabra para expresar sus necesidades: tal opinión me parece insostenible. El efecto natural de las primeras necesidades fue separar a los hombres en vez de acercarlos. [...] Sólo de esto se deduce con evidencia que el origen de las lenguas no se debe a las primeras necesidades de los hombres; sería absurdo que la causa que los separa deviniese el medio que los une. ¿De dónde puede, pues, venir ese origen? De las necesidades

morales, de las pasiones. Todas las pasiones acercan a los hombres, a los que la necesidad de tratar de vivir obliga a evitarse. No son ni el hambre ni la sed, sino el amor, el odio, la piedad, la cólera, los que les han arrancado las primeras voces<sup>15</sup>.

Para Rousseau, que sigue la tradición de Vico, «como los primeros motivos que hicieron hablar al hombre fueron las pasiones, sus primeras expresiones fueron los tropos. [...]. Al principio no se habló más que en poesía; no se les ocurrió razonar hasta mucho después». El lenguaje original fue, pues, una bellísima melodía, que ha degenerado a través de esos signos opacos interpuestos masivamente que son nuestras palabras modernas, que degeneraron a su vez en escritura<sup>16</sup>.

Muchos otros autores modernos de los siglos XVII, XVIII y XIX podrían ser traídos a colación aquí, pero sólo mencionaré a uno más, Joham Gottlieb Fichte, quien, en su ensayo *Sobre la capacidad lingüística y el origen de la lengua*, de 1795, destaca de manera especial que «la lengua es la capacidad de denominar voluntariamente los pensamientos», que nace del impulso natural del ser humano de encontrar racionalidad fuera de sí mediante la interacción con sus congéneres<sup>17</sup>. En estas afirmaciones se expresan bien los dos polos que han configurado históricamente el campo de la investigación acerca del origen del lenguaje y que llegan hasta nuestros días: unos autores privilegian el pensamiento sobre el lenguaje, otros consideran que más bien es la comunicación la que alimenta el pensamiento; unos acentúan el carácter innato

14 CONDILLAC, E. B., *Essai sur l'origine des connaissances humaines*, I, ii, 49; cfr. Z. G. Szabó, «Early Modern Philosophy of Language», págs. 376-377.

15 ROUSSEAU, J. J., *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, trad. cast. de M. Armiño, Akal, Madrid, 1980, II, págs. 32-33.

16 ROUSSEAU, J. J., *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, III, 34-35. Estoy en deuda a este respecto con un seminario de mi colega Fernando Múgica; sobre Vico, véase CRUZ CRUZ, J., *La barbarie de la reflexión*, Eunsa, Pamplona, 1991, cap. IX, y DANESI, M., *Vico, Metaphor and the Origin of Language*, Indiana University Press, Bloomington, 1993.

17 FICHTE, J. G., *Sobre la capacidad lingüística y el origen de la lengua*, trad. de R. Radl, Tecnos, Madrid, 1996, págs. 14 y 23.

de la facultad lingüística, otros el papel de la educación por parte de los demás.

### ALGUNAS APORTACIONES CONTEMPORÁNEAS

En 1994 escribía Bickerton que aquella antigua prohibición de la Sociedad Lingüística de París parecía haber retraído a los lingüistas de adentrarse en este campo hasta nuestros días. «Con muy pocas excepciones –añadía–, sólo a partir de principios de los noventa han tenido los lingüistas el coraje de meterse con este tema. En consecuencia la discusión ha estado estorbada por la ingenuidad lingüística de los estudiosos de otras disciplinas que han abordado estas cuestiones»<sup>18</sup>.

Buena parte de la discusión ha estado centrada en la continuidad o no del lenguaje humano respecto de las formas de comunicación animal. El problema se encuentra en que la tesis que afirma que el lenguaje es una evolución de los primitivos sistemas de llamada entre los primates, de sus gritos de alerta ante el peligro o de aviso ante el alimento, realmente no explica nada, pues no explica cómo se ha dado ese proceso evolutivo. El lenguaje es un instrumento tan poderoso que no parece que pueda ser explicado en términos de simples ventajas adaptativas<sup>19</sup>. Si un homínido emite por primera vez sonidos articulados con intención de transmitir un mensaje, esa conducta no resulta adaptativa, a menos que haya otros congéneres en condiciones de entenderle. Por lo tanto, lo razonable sería pensar que, tras los primeros

intentos no correspondidos, las conductas lingüísticas desaparecerían. En este sentido, la posición dominante entre los lingüistas en la segunda mitad del siglo XX ha sido la de Chomsky, que defendía el carácter innato y peculiar del lenguaje humano, enraizado en nuestra conformación biológica, pero que al mismo tiempo sostenía que resultaba imposible –y ni siquiera era interesante– estudiar ese elemento biológico.

En los últimos años ha habido un cierto avance en la comprensión de todo este problema, al entender el lenguaje no sólo como un sistema de comunicación, sino sobre todo como un sistema social de representaciones. Un acto de comunicación está basado siempre en la expectativa mutua de cooperación entre hablante y oyente. Los sujetos que comienzan a comunicarse han de compartir sentimientos, intenciones y deseos. Si se logra esa sintonía, una secuencia de sonidos que se refiera a estados mentales compartidos sí que resulta una ventaja adaptativa<sup>20</sup>.

Descartes consideró que no podía haber pensamiento sin lenguaje<sup>21</sup>. Hoy en día muchos respaldan esa posición, mientras que otros sostienen más bien que sin pensamiento no hay lenguaje. David Premack ha mostrado que los chimpancés son capaces, de algún modo, de compartir intenciones. Esto lleva a pensar que si el *homo erectus* o el *homo habilis* carecían de un lenguaje tal como lo entendemos nosotros, es posible que pudieran compartir estados mentales<sup>22</sup>.

20 PINKER, S., *El instinto del lenguaje*, pág. 248.

21 KENNY, A. (ed.), *Descartes. Philosophical Letters*, Oxford University Press, Oxford, 1970; cit. por BEER, C. G., «King Solomon's Ring Redivivus: Cross-Species Communication and Cognition», en HAMEROFF, S. R. et al (eds.), *Toward a Science of Consciousness II*, pág. 523.

22 PREMACK, D. y PREMACK, A. J., *La mente del simio*, Debate, Madrid, 1998. Para un panorama reciente y favorable sobre cómo animales y humanos comparten estados mentales, véase SAVAGE-RUMBAUGH, E. S. y RUMBAUGH, D. M., «Perspectives on Consciousness, Language, and Other Emergent Processes in Apes and Humans», en HAMEROFF, S. R. et al. (eds.), *Toward a Science of Consciousness II. The Second Tucson Discussions and Debates*, MIT Press, Cambridge, MA, 1998, págs. 533-549.

18 BICKERTON, D., «Origin and Evolution of Language», en ASHER, R. E. y SIMPSON, J. M. Y. (eds.), *The Encyclopedia of Language and Linguistics*, vol. 5, pág. 2.881.

19 PINKER, S., *El instinto del lenguaje: Cómo crea el lenguaje la mente*. Alianza, Madrid, 1995, pág. 403. Me baso en el trabajo de investigación doctoral de MACHADO, J., *El instinto del lenguaje en S. Pinker*, Universidad de Navarra, 1999.

Hay un acuerdo generalizado entre los primatólogos acerca de la diferencia abismal entre la riqueza de la vida mental humana y la notoria ausencia, entre nuestros parientes más cercanos de la escala animal, de la mayor parte de aquello que los humanos pensamos, imaginamos, planeamos, conjeturamos, inventamos y demás. A mí me resulta particularmente persuasivo el relato de la primatóloga Biruté Galdikas cuando, después de ocho años entre orangutanes en Borneo, describe lo que aprendió de su primer hijo, Bin, nacido allí, en el centro de reinsertión de orangutanes de Tanjung. Copio de su reportaje en *National Geographic*:

El desarrollo de Bin durante el primer año ayudó a aclarar mi pensamiento. Hasta entonces la mayor parte de mi vida adulta en la selva habían sido orangutanes y más orangutanes. Compartíamos nuestras colchonetas con cinco o más orangutancitos; estábamos rodeados por ellos. Los veíamos nacer, los veíamos morir y observábamos todo lo que mediaba entre ambos momentos. Después de cinco años de vivir con orangutanes, había llegado a un punto en que la línea entre un humano y un simio se me había difuminado bastante. [...] La conducta de Bin en su primer año hizo destacar muy claramente las diferencias y me ofreció una nueva perspectiva. En esa misma época yo estaba criando con papillas a Princess, una orangutancita de entre uno y dos años. Un orangután de un año simplemente se cuelga de su madre (o de mí en este caso), mostrando poco interés por las cosas, salvo por mascarlas o ponérselas sobre la cabeza. Para Princess el principal interés parecía ser su alimentación. Esta cualidad continuaría a lo largo de toda su vida: los orangutanes están extremadamente orientados hacia la comida.

Bin, en cambio, no estaba especialmente interesado por la comida; de hecho, a no ser que estuviera muy hambriento, le daba toda su comida a Princess. Le atraían muchísimo los objetos y cosas, y los observaba con gran concentración cuando Rod o yo, o para el caso un orangután, usaba uno de ellos. Estaba constantemente manipulando objetos. Otra diferencia importante es que Bin balbuceaba constantemente, mientras que Princess estaba en silencio, excepto cuando chillaba. Encontré fascinante que muchas de las propiedades asociadas con la

emergencia de la humanidad se expresaran ya en el desarrollo de Bin antes de su primer año de edad: la locomoción bípeda, el hecho de compartir alimentos, el uso de herramientas, el habla. Éstas lo diferenciaban del todo de un orangután de edad equivalente<sup>23</sup>.

La posición de quienes piensan que el lenguaje apareció por selección natural, como una adaptación para la comunicación, y que de ahí nace nuestra vida mental, como un producto derivado, es persuasiva. «Según esta hipótesis, ser inteligente no es –como muchos han supuesto– tener lenguaje, sino que tener lenguaje es lo que le hace a uno inteligente»<sup>24</sup>. Sin embargo, conviene añadir de inmediato que no todos los aspectos que configuran la inteligencia son reductibles al lenguaje: hay pruebas evidentes de ello tanto en la conducta inteligente de los niños prelingüísticos como en la notable vida intelectual de personas sin lenguaje<sup>25</sup>.

Sin duda el área de mayor avance para la comprensión del origen del lenguaje ha sido el estudio de su desarrollo en los niños. La ley biogénética fundamental, formulada por Ernst Haeckel (1834-1919) en el siglo pasado, que sostenía que la filogenia es igual a la ontogenia, esto es, que el individuo, en su desarrollo recapitulaba el desarrollo de toda la especie, ha venido aplicándose con resultados bastante satisfactorios en el estudio interdisciplinario del origen del lenguaje. Por ejemplo, en un reciente número de la revista *Behavioral and Brain Sciences* se incluye una extensa discusión multidisciplinaria de un trabajo de Peter F. MacNeilage sobre la evolución de la acción discursiva des-

23 GALDIKAS, B. M. F., «Living with the Great Orange Apes», *National Geographic* 157 (1980), pág. 845.

24 BLOOM, P., «Language and Mental Life», en HAMEROFF, S. R. et al. (eds.), *Toward a Science of Consciousness II*, 562; PINKER, S. y BLOOM, P., «Natural Language and Natural Selection», *Behavioral and Brain Sciences* 13 (1990), págs. 585-642.

25 SCHALLER, S., *Un hombre sin palabras*, Anaya/Mario Muchnik, Madrid, 1993.



de el balbuceo a los tres meses hasta la fonación del adulto<sup>26</sup>. Quienes tengan interés en este tema pueden aprender mucho en el libro de Mehler y Dupoux *Nacer sabiendo*, en el de Gerardo Aguado *El desarrollo del lenguaje de 0 a 3 años*, o en *El instinto del lenguaje*, de Steven Pinker<sup>27</sup>.

A quien se dedica a la filosofía, lo que quizá llama más la atención de estas investigaciones –que tienen un enorme *background* experimental– es que sus autores reclaman la re-introducción de la noción de *naturaleza humana* para poder dar cuenta legítimamente de la universalidad de los resultados de su investigación empírica. Así lo hace Steven Pinker en el último capítulo de *El instinto del lenguaje* y Mehler y Dupoux en *Nacer sabiendo*: «Lo que este libro intenta demostrar –afirman– es que la idea de *naturaleza humana* tendría que ser el hilo conductor de la investigación en las ciencias cognitivas». Y añaden poco más adelante: «sostener la existencia de una naturaleza humana no es empobrecer al hombre ni reducir los individuos a una estepa seca y aburrida. Constituye más bien una oportunidad de determinar por fin lo que somos».

Afirmaciones de este tipo ponen en primer plano la necesidad de una comprensión genuinamente filosófica de lo que el ser humano es, que integre los mejores resultados de una efectiva investigación multidisciplinaria.

## UN ENFOQUE FILOSÓFICO MÁS PERSONAL

La naturaleza del ser humano se muestra específicamente en su cultura, en sus activida-

26 MACNEILAGE, P. F., «The Frame/Content Theory of Evolution of Speech Production» *Behavioral and Brain Sciences* 21: 4 (1998), págs. 499-568.

27 MEHLER, J. y DUPOUX, E., *Nacer sabiendo. Introducción al desarrollo cognitivo del hombre*, Alianza, Madrid, 1992; AGUADO, G., *El desarrollo del lenguaje de 0 a 3 años*, Ciencias de la Educación Preescolar y Especial, Madrid, 1995.

des comunicativas e inteligentes. Su subjetividad, su conciencia, su intencionalidad, tienen una base biológica, pero sobre todo son construidas culturalmente, en su interacción con los demás. Como describió bellamente Walker Percy, cuando Hellen Keller –la niña americana sordomuda y ciega– descubre que los toques que hacía Ana Sullivan en su mano derecha eran señales, eran el *nombre* del agua de la fuente que chorreaba por su brazo izquierdo, en ese instante comenzó su vida como persona.

Cuando un niño de dos años que va correteando por el campo agarra una flor y balbucea mirando hacia su madre «a flo» o algo parecido, en su conducta aún un sonido, una flor y a su madre, siendo él mismo el autor de la unificación de los otros tres elementos. Esta extraña capacidad de aunar, de relacionar elementos dispares, es exclusiva del *homo sapiens*, y es esa exclusividad lo que quizá resulta más incomprendible para muchos científicos. Los intentos denodados de enseñar el lenguaje de los sordomudos a chimpancés y otros primates superiores muestran con claridad que en el máximo desarrollo de su actividad comunicativa no llegan a alcanzar esa estructura triádica (objeto/ flor, signo/»a flo», y agente consciente de su articulación), sino que no pasan del estadio de los balbuceos prelingüísticos del niño de pocos meses reclamando la leche materna.

Pero ¿de dónde le brota el lenguaje al niño de dos años que, al ver una flor, mira a su madre y dice «a flo»? En nuestra cultura se pasa de la biología a la lingüística sin explicar ese salto, que incluso en términos evolucionistas resulta tan extraordinario<sup>28</sup>. Los seres humanos aparecen, así, a finales del siglo XX, como unas criaturas divididas entre biología y lingüística sin que se ofrezca una explicación global suficientemente comprensiva. El ser humano no puede

28 Cfr. PERCY, W., «La criatura dividida», en *Anuario Filosófico* 29 (1996), págs. 1.146-7 y 1.148.

ser entendido sin estrategias intencionales, comunicativas: no se puede hablar con alguien sin pensar en lo que el otro piensa. Hasta el silencio resulta comunicativo. El bebé humano – dice gráficamente Aguado– está «programado» desde su nacimiento para la comunicación<sup>29</sup>. La aparición del lenguaje sólo es explicable si se lo considera un instrumento compartido de comunicación. Así como la racionalidad humana no es una compleja maquinaria computacional que pueda ser reducida a sus piezas elementales, sino que su corazón –la matriz de su capacidad creativa– es la imaginación y ésta se desarrolla en la interacción con los demás, de modo semejante el lenguaje humano se aprende y se desarrolla en la comunicación con nuestros congéneres.

En estos últimos años se ha estudiado con gran atención el *maternés*, esa peculiar modalidad de voz con la que los padres universalmente se dirigen a sus hijos, con un tono aflautado para atraer más su atención y envolverlos así con su cariño. Se ha estudiado también la extraordinaria influencia que –al menos en los Estados Unidos– tienen los iguales, los demás niños, en la educación de los hijos: los hijos de inmigrantes cuyos padres hablan con un acento fuerte aprenden un inglés sin acento extranjero alguno<sup>30</sup>. Ha avanzado también mucho la comprensión del autismo, de esa peculiar patología del desarrollo por la que a algunos niños que saben hablar les resulta imposible utilizar el lenguaje por su incapacidad para establecer mediante su imaginación espacios compartidos<sup>31</sup>.

La mención de estas investigaciones me sirve para que no suene cursi, o a romanticismo trasnochado, la tesis con la que quiero cerrar ya mi exposición: tengo para mí que el origen del lenguaje debe ser encontrado en el amor, en la necesidad que los seres humanos tenemos de dar y de recibir afecto. Esto es lo que ni la paleoantropología, ni la lingüística, ni la etología, ni la primatología pueden decir desde su perspectiva metodológica, y quizá ha sido esa la razón por la que la profesora Calderón me ha pedido que impartiera esta sesión. Hay países hispanicos –no sé en Colombia– en los que, cuando un chico y una chica comienzan a salir juntos, se dice que «se hablan». En contraste, lo que resulta patético y extremadamente doloroso es aquellos casos en que dos personas de una misma familia, de una misma empresa o relacionadas de algún modo no se hablan, porque se han retirado la palabra: en cierta manera han dimitido de –al menos una parte de– su humanidad.

Debo finalizar ya mi intervención, pues aunque esté haciendo equivalente el querer al hablar, pueden quizá ustedes pensar que ya les he querido suficiente. Para cerrar mi exposición, quizá lo más persuasivo sea emplear una expresión que jamás emplean los animales y que cuando se la oímos a una máquina de tabaco nos parece una estafa o una degradación. Se trata de una expresión anclada en el corazón de todos los seres humanos y que –como ha hecho notar Octavio Paz<sup>32</sup>– tiene equivalentes en todas las lenguas del mundo. Esta expresión son dos palabras: *Muchas gracias*. ■

29 AGUADO, G., *El desarrollo del lenguaje de 0 a 3 años*, pág. 22.

30 RICH HARRIS, J., *The Nurture Assumption: Why Children Turn Out the Way They Do*, Free Press, Nueva York, 1998. Para una discusión de este trabajo, véase la recensión de GARDNER, H., «Do Parents Count?», en *The New York Review of Books*, 45: 17, 5 noviembre 1998, págs. 19-22.

31 AGUADO, G., «La estimulación de la comunicación y el lenguaje en niños con trastorno del desarrollo», en I Encuentro de Audición y Lenguaje, Almería, 10.12.98 (en prensa).

32 PAZ, O., «La búsqueda del presente», en *El Extramundi*, I (1995), pág. 151.

ser entendido sin estrategias intencionales, comunicativas: no se puede hablar con alguien sin pensar en lo que el otro piensa. Hasta el silencio resulta comunicativo. El bebé humano – dice gráficamente Aguado – está «programado» desde su nacimiento para la comunicación<sup>29</sup>. La aparición del lenguaje sólo es explicable si se lo considera un instrumento compartido de comunicación. Así como la racionalidad humana no es una compleja maquinaria computacional que pueda ser reducida a sus piezas elementales, sino que su corazón – la matriz de su capacidad creativa – es la imaginación y ésta se desarrolla en la interacción con los demás, de modo semejante el lenguaje humano se aprende y se desarrolla en la comunicación con nuestros congéneres.

En estos últimos años se ha estudiado con gran atención el *maternés*, esa peculiar modalidad de voz con la que los padres universalmente se dirigen a sus hijos, con un tono aflautado para atraer más su atención y envolverlos así con su cariño. Se ha estudiado también la extraordinaria influencia que – al menos en los Estados Unidos – tienen los iguales, los demás niños, en la educación de los hijos: los hijos de inmigrantes cuyos padres hablan con un acento fuerte aprenden un inglés sin acento extranjero alguno<sup>30</sup>. Ha avanzado también mucho la comprensión del autismo, de esa peculiar patología del desarrollo por la que a algunos niños que saben hablar les resulta imposible utilizar el lenguaje por su incapacidad para establecer mediante su imaginación espacios compartidos<sup>31</sup>.

La mención de estas investigaciones me sirve para que no suene cursi, o a romanticismo trasnochado, la tesis con la que quiero cerrar ya mi exposición: tengo para mí que el origen del lenguaje debe ser encontrado en el amor, en la necesidad que los seres humanos tenemos de dar y de recibir afecto. Esto es lo que ni la paleoantropología, ni la lingüística, ni la etología, ni la primatología pueden decir desde su perspectiva metodológica, y quizá ha sido esa la razón por la que la profesora Calderón me ha pedido que impartiera esta sesión. Hay países hispanicos – no sé en Colombia – en los que, cuando un chico y una chica comienzan a salir juntos, se dice que «se hablan». En contraste, lo que resulta patético y extremadamente doloroso es aquellos casos en que dos personas de una misma familia, de una misma empresa o relacionadas de algún modo no se hablan, porque se han retirado la palabra: en cierta manera han dimitido de – al menos una parte de – su humanidad.

Debo finalizar ya mi intervención, pues aunque esté haciendo equivalente el querer al hablar, pueden quizá ustedes pensar que ya les he querido suficiente. Para cerrar mi exposición, quizá lo más persuasivo sea emplear una expresión que jamás emplean los animales y que cuando se la oímos a una máquina de tabaco nos parece una estafa o una degradación. Se trata de una expresión anclada en el corazón de todos los seres humanos y que – como ha hecho notar Octavio Paz<sup>32</sup> – tiene equivalentes en todas las lenguas del mundo. Esta expresión son dos palabras: Muchas gracias. ■

29 AGUADO, G., *El desarrollo del lenguaje de 0 a 3 años*, pág. 22

30 RICH HARRIS, J., *The Nurture Assumption: Why Children Turn Out the Way They Do*, Free Press, Nueva York, 1998. Para una discusión de este trabajo, véase la recensión de GARDNER, H., «Do Parents Count?», en *The New York Review of Books*, 45: 17, 5 noviembre 1998, págs. 19-22.

31 AGUADO, G., «La estimulación de la comunicación y el lenguaje en niños con trastorno del desarrollo», en *I Encuentro de Audición y Lenguaje*, Almería, 10.12.98 (en prensa).

32 PAZ, O., «La búsqueda del presente», en *El Extramundi*, I (1995), pág. 151.